

Hubert Mingarelli

La tierra invisible

Traducción del francés de
Laura Salas Rodríguez

 Siruela

Nuevos Tiempos

Alemania, julio de 1945

Llevaba casi dos semanas del tórrido mes de julio esperando en Dinslaken, al borde del Rin; no conseguía marcharme. No obstante, me parecía haberlo fotografiado todo. El sol era blanco todos los días, y las noches no traían ningún frescor. Se asfixiaba uno de día y de noche. No sabía por qué seguía allí, la mayor parte del tiempo en el hotel, a riesgo de quedarme pronto sin dinero. Por la mañana bajaba a ver el río, y por la noche iba a sentarme en el banco de la Dürenstrasse. Cerraba los ojos y esperaba a que hiciese un poco menos de calor para regresar.

Oí pasos; surgió de detrás del banco, como un fantasma, con una caja de cervezas. Se quedó un momento sentado a mi lado; luego bebimos, hablamos y volvió a levantarse. Tenía las piernas separadas y la boca abierta de par en par, como si estuviese comiendo aire. Escribía para un periódico holandés. Tras de él, el sol caía sobre una montaña de ladrillos rojos que alguien, a trozos, había empezado a seleccionar y apilar. Me preguntó: «¿Y tú?». Saqué la cámara del bolsillo y dijo: «Vale». El sol me cegaba y él hacía

bailar las piernas. A saber dónde había encontrado tantas cervezas. Exclamó: «Yo ya no tengo nada más que decir. Lo que estoy viendo ya lo he visto. Estoy hasta el gorro. Mañana me voy». Vino a sentarse a mi lado. Olía a sudor y a cerveza. Una hora antes no lo conocía. Mirábamos cómo caía el sol sobre el río, invisible desde donde estábamos, y, cuando desapareció, el cielo se oscureció por completo. Se oían ruidos, pero no se sabía de dónde venían. A lo lejos, un motor no acababa de arrancar. Cerré los ojos un momento y, cuando volví a abrirlos, ya no estaba allí. Una mujer con botas de soldado pasó ante mí empujando una carreta vacía; llevaba un vestido de un blanco immaculado; la rueda chirriaba. Una estrella se encendió, a lo lejos el motor consiguió arrancar por fin. Dos cervezas y todo se llenaba de misterio.

La mujer con las botas de soldado estaba al final de la calle, sentada sobre la carreta, en la oscuridad. Estaba hablando consigo misma y no me vio pasar. A lo largo de las calles oscuras, estuve pensando en ella y, en un momento, aún bajo el efecto de la cerveza, me dieron ganas de volver para fotografiar lo que se decía. Luego vi de lejos las ventanas del hotel aún iluminadas y la bandera británica suspendida en el primer piso: parecía una sábana grande puesta a secar. El centinela apoyado en la entrada me hizo un gesto, yo le respondí «Buenas noches» y él sacudió la cabeza, como respondiendo a una broma. Subí los pisos y, una vez en la habitación, golpeé en la pared para avisar al coronel Collins de que había vuelto y de que me acostaba.

No tuve que esperar mucho; entró, con los tirantes colgando sobre las caderas; sudaba mucho y en la penumbra me resultó impresionante. Pero a pleno día tenía un aire bastante dulce y contemplaba pensativo las cosas y a las personas. A la espera de volver a su casa, al país de Gales, administraba la ciudad con sus oficiales desde el gimnasio municipal, el único lugar lo bastante amplio que se tenía aún en pie. Yo lo venía siguiendo con su regimiento de in-

genieros desde la frontera francesa hasta Baviera y, desde que estábamos en Dinslaken, venía casi cada noche. Era aficionado a la fotografía. Hablábamos de ella y, a veces, de los puentes que construía antes de la guerra. Cogió una silla, se sentó y colocó un plato de cerezas sobre la cama. Dijo: «Aquí todo pasa por mis manos, hasta las cerezas». Empezamos a comérnoslas. Nunca había visto fotos mías, pero conocía los periódicos para los que trabajaba. Yo tampoco había visto nunca las suyas. Se levantó, fue a tirar los huesos de cereza por la ventana y se quedó allí, con la mirada perdida en la noche.

Le hablé de la mujer con la carreta, le conté que me habían dado ganas de fotografiar lo que se decía, pero sin precisarle que yo había bebido dos cervezas. Se giró, tendió una mano hacia mí y, con el negro del cielo tras él, intentó decirme algo. No lo consiguió, así que se inclinó por la ventana y se dirigió al centinela de la entrada: «¿Cómo va la cosa por abajo? ¿De dónde eres, muchacho?». No oí la respuesta. Después miró el reloj y lanzó: «Una hora más. Resiste». Y, siguiendo el impulso, añadió algo que todos sus hombres habían oído al menos una vez y tomaban sin duda por una broma: «Ama a Dios, hijo, y todo pasará más rápido». Se giró de nuevo hacia mí y sacudió la cabeza con aire divertido: «A mí nunca se me ha ocurrido fotografiar todo lo que vienen a contarme al gimnasio». Volvió a sentarse y cogió más cerezas. Ahora arrojaba los huesos por la ventana desde donde estaba sentado. Dijo: «Todos tienen algo que pedir. Pero yo les doy a entender que hay un momento para callarse. Cuando se lamentan para engatusarme, me da miedo dejarme llevar». No acertó con la ventana, se levantó, encontró el hueso, lo tiró fuera y se quedó allí, ante la noche que un avión surcaba. Dijo: «Hoy han venido

a pedirme zapatos. Yo les he preguntado: “Pero ¿qué os creéis, que he puesto una tienda?”. Me he echado a reír y les he dicho que se fueran, y se marcharon. Luego les dije: “No, volved, ya me acuerdo de dónde hay, pero coged un camión”. Les enseñé en el mapa dónde podían encontrar montañas de esta altura». En ese momento, desapareció el avión. Collins permaneció un largo momento ante la ventana, sin moverse, y luego esbozó una sonrisa falsa. Volvió a sentarse, cogió más cerezas y lanzó los huesos a la noche, fingiendo divertirse, creyendo que me ocultaba el odio ardiente que sentía hacia los alemanes, un odio mayor que el de sus hombres, que por su parte habían conseguido aliviarlo un poco matando a gran número de ellos, aun cuando se rendían. Y yo había fotografiado a gran número de ellos también, en la posición grotesca o humana en la que los había sorprendido la muerte.

Aquella noche no hablamos de fotografía, sino de los hombres que comenzaban a volver a casa, recordando nombres y caras. Esbozamos la misma sonrisa vagamente triste al recordar a McFee, su chófer; después se marchó, dejándome las últimas cerezas, y, durante largo rato, lo escuché caminar por la habitación de una pared a la otra, infinitamente solo.